

JAIME QUEZADA

ATARDECER

Mientras muere
el sol en los atardeceres:
un hombre con los brazos abiertos
es clavado en un madero.

No se llama Cristo.
Es simplemente un hombre.
Un hombre que siente la angustia
de un día áspero
como un insecto herido
atrapado en la orilla de una ventana.

NOCHE

Mientras el viento
se lleva en sus ágiles brazos
el pequeño esqueleto de un pájaro:
aquí, en el refugio de la noche,
hace falta
una semilla para la tierra del alba.

SUEÑO

Mientras el sol
duerme en su cántaro prehistórico:
florecen rojizas las higueras.
Las aves asustadas
rompen el huevo de sus cantos.
Y los muertos desparraman
su aceite por el cielo.

Entonces el hombre lanza su primera piedra
sobre tantos Mamíferos indefensos
que durante toda su vida
estuvieron preparándose para este día oscuro.

Y quién sabe
si un nuevo Noé
esté colgándose de las duras raíces del cielo.

VIGILIA

Mientras la paloma madre
vuela hacia el cerro
en busca de alguna lombriz dormida:
el hombre
se da cuenta que es triste mirar
por la ventana hacia el vacío.
Y no estar en la calle al mediodía,
gritando el nombre de las cosas amadas.
Preguntando a cada transeúnte
si de barro,
si de luz,
si de manzana está hecho el ser humano.
O corriendo —por el mismo
camino donde suelen desnudarse los amantes—
con una rama florida en alto
para perpetuar el misterio
de las cosas más pequeñas...

DESPERTAR

Mientras todos
caminan con los cántaros
vacíos en sus hombros:
el agua corre
perforando la tranquilidad de las piedras.

Mas la niebla
cada mañana baja por el cerro.
Y envuelve al hombre.
Y lo desnuda,
hasta dejarlo sin palabras.

AMANECER

Mientras crecían
los vegetales en el pozo del huerto
y las larvas empezaban
a mostrar el vigor de sus alas:
se ha ido la noche
con su Osa Mayor menopáusica,
con su cuerno
estirado hasta el último sonido.

Ahora, todo está igual que al principio:
muchas huellas hacia el Sur
donde los molinos de agua
mojan los pasos de trasnochados caminantes.
Y ahí está el hombre
solo como siempre,
clavando una herradura en la dureza de la muerte.

.

Viene el amanecer,
con un niño alegre de la mano.

SOFÍA CÁCERES

HIMNO AL VIENTO

Potrillo aullador de ojos semicerrados
que enlazas la mañana con una cinta de bronce.
Hundiéndote en las nubes
después del sol carnívoro
recorres el Imperio de las Banderas Pálidas.
Viajero insobornable
guerrillero desnudo
fugitivo emisario del sonido infinito
tallador de la noche . . .
Saltimbanqui de sombras y espacios repetidos . . .
Monje profanador derramando sollozos
entre los hemisferios.
Fabricante de estrellas en nidales de fuego.
Forjador de centellas, de enormes arabescos,
de ciclones, de furias.
Sembrador invisible de semillas plateadas
en el opaco espejo del cielo ennegrecido.
Polifemo brincante, fauno batallador
ciñéndose triunfante a través de la niebla
una corona de espadas,